



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-04-2019

Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre

(Hebreos 13,8)

Nuestra cita "a la sombra de la encina" en este mes de abril cae al comienzo de la Semana Santa. Justo ayer, domingo de pasión, aclamamos "el que viene en el nombre del Señor", Jesús, el maestro, que entra en Jerusalén. En unos días celebraremos el triduo pascual. Desde el cenáculo, donde Jesús instituyó la Eucaristía, en su última cena, nos dirigiremos al Monte de los Olivos para orar junto con él "para no entrar en la tentación". Permaneceremos a su lado durante el juicio y lo acompañaremos en el camino de la cruz, hasta el Calvario. Luego lo velaremos en silencio, en la soledad del sábado, esperando su paso, y finalmente reviviremos con él el gozo de la resurrección. Las palabras del ángel, "no está aquí, ha resucitado", no nos sorprenderán, pero una vez más nos llenarán de asombro. "¡No busquéis entre los muertos al que está vivo!", se nos dice. ¡Sí, Cristo vive para siempre y está entre nosotros!

El Papa Francisco nos lo recordó hace unos días, el 25 de marzo, cuando firmó la exhortación apostólica en Loreto, que comienza con las palabras: "Christus vivit, Cristo vive", dirigida a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios. Sí, Jesús es el viviente, y a todos nos quiere vivos, a los jóvenes y a los adultos, a los niños y a los ancianos. Jesús "es nuestra esperanza Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida".

La exhortación apostólica del Papa es una reflexión "sobre los jóvenes y para los jóvenes", pero dirigida a todos, a los pastores y a los fieles. Por lo tanto, interpela y estimula a todos, incluyéndonos a nosotros.

"Ser joven, más que una edad, es un estado del corazón", escribe el Papa Francisco. Y agrega que "en cada momento de la vida podremos renovar y acrecentar nuestra juventud". Ciertamente, hay "cosas" que necesitan asentarse a lo largo de los años, pero la maduración de la edad adulta " puede convivir con un fuego que se renueva, con un corazón siempre joven.

Vivir la experiencia cristiana como pueblo de Dios, en la Iglesia local, en la comunidad, en la familia, significa vivir juntos y en armonía, incluso en las diferentes edades de la vida. Para hacer esto, todos debemos estar abiertos a la acción del Espíritu Santo. "Unidos - dice el Papa Francisco - podremos aprender unos de otros, calentar los corazones, inspirar nuestras mentes con la luz del Evangelio y dar nueva fuerza a

nuestras manos. Así, todos juntos, podremos producir "una combinación maravillosa": entre sueños y visiones. Entre los sueños de los ancianos y las visiones de los jóvenes. " Los ancianos tienen sueños contruidos con recuerdos, con imágenes de tantas cosas vividas, con la marca de la experiencia y de los años. Si los jóvenes se arraigan en esos sueños de los ancianos logran ver el futuro, pueden tener visiones que les abren el horizonte y les muestran nuevos caminos. Pero si los ancianos no sueñan, los jóvenes ya no pueden mirar claramente el horizonte.

Caminando juntos - jóvenes y niños, ancianos y adultos - "podremos estar bien arraigados en el presente y, desde esta posición, frecuentar el pasado" (para aprender de la historia y curar las heridas que a veces nos condicionan) y "frecuentar el futuro" (para alimentar el entusiasmo, hacer germinar los sueños, suscitar profecías, hacer florecer las esperanzas).

¡Qué importantes que son las raíces! Lo sabemos bien nosotros, los que nos colocamos "a la sombra de la encina", por tanto sobre sus raíces. Sin embargo, escribe el Papa Francisco, las raíces no son anclas que nos atan a otras épocas y nos impiden encarnarnos en el mundo actual para hacer nacer algo nuevo ". Por el contrario, deben ser "lo que nos permite desarrollarnos y responder a los nuevos desafíos ". Al crecer juntos, debemos "arriesgarnos juntos" para construir un mundo mejor. Con la certeza de que Jesús está con nosotros, porque vive "ayer, hoy y siempre". Él está a nuestro lado y en medio de nosotros para levantarnos, para darnos fuerza, para alimentar nuestra esperanza, para calmar nuestros dolores.

Magdalena Aulina, mujer de esperanza, decía que la esperanza es como el ancla que mantiene estable el barco durante la tormenta en alta mar. Evita el hundimiento. Pero, después, nuestra nave debe partir de nuevo impulsada por la caridad y fuerte en la fe.

Pidamos al Señor que nos mantenga firmes en la fe y en la esperanza, que es certeza en su amor infinito y confianza en su presencia con nosotros hoy y por siempre. ¡Cristo vive! ¡Cristo ha resucitado, aleluya!

